

ENTRE LAS CENIZAS



Licencia Reconocimiento -NoComercial-SinObraDerivada3.0

Se permite la copia, ya sea de uno o más artículos o del conjunto de la edición, en cualquier formato, mecánico o digital, siempre y cuando no se modifique el contenido de los textos, se respete su autoría y esta nota se mantenga.

Este libro puede ser descargado gratuitamente en www.surplusediciones.org y www.periodistasdeapie.org.mx/libros/

©2012, de la coordinación de este libro Marcela Turati, Daniela Rea.

© 2012, de los textos Alberto Nájjar, Daniela Pastrana, Daniela Rea Gómez, Elia Balazar, John Gibler, Luis Guillermo Hernández, Lydiette Carrión,

Marcela Turati, Thelma Gómez Durán, Vanessa Job.

©2012, del prólogo Cristina Rivera Garza.

©2012, de la edición, sur+ ediciones.

Cuidado de la edición: Patricia Salinas

Diseño de portada: Gabriela Díaz

Diseño de interiores: Pablo Rojas

Corrección: Juan Nivardy Carrillo Rodríguez y Patricia Salinas

Formación: Andrea Beltrán Arruti

Galerías: Gabriel Elías

sur+ ediciones

Porfirio Díaz 1105

Col. Figueroa 68070

Oaxaca de Juárez

Oaxaca

ISBN: 978-607-8147-11-3

Hecho e impreso en México

www.surplusediciones.org

ENTRE LAS CENIZAS

Historias de vida en tiempos de muerte

Elia Balazar • Lydiette Carrión • Thelma Gómez Durán
John Gibler • Luis Guillermo Hernández • Vanessa Job
Alberto Nájjar • Daniela Pastrana • Daniela Rea Gómez
Marcela Turati

Prólogo de Cristina Rivera Garza

SUR+ EDICIONES • OAXACA

NOTA DE LAS EDITORAS

Al principio: el horror. La llamada guerra contra el crimen organizado declarada por el presidente Felipe Calderón comenzó a ahogarnos desde el inicio del sexenio. Los periódicos se convirtieron en contadores de muertos y nosotros, los periodistas, en corresponsales de guerra en nuestra tierra. En las redacciones se hablaba de “narcos” y “capos”, y el lenguaje “estilizado” del asesinato llegó para quedarse: “los enlonados”, “los entripados”, “los encajuelados”, “los encobijados”, “los disueltos”, “las narcofosas”, “las narcomantas”, y su máxima expresión, “el ejecutómetro”.

El horror se volvió una condición del país. Muertos, desaparecidos, masacres, huérfanos, viudas, desplazados, fosas comunes, cuerpos discapacitados por las heridas, seres inhabilitados por el odio, ciudades rotas, abandonadas. De ahí partimos. De un sexenio con permiso de matar, donde la vida perdió su valor, donde los muertos cotidianos eran culpables de su muerte.

En ese extraño, nebuloso campo de batalla, varios periodistas nos sentimos retados a escapar del horror, o por lo menos a no quedarnos paralizados ante él. A combatir, con investigación, datos, análisis y testimonios, el anonimato oficial de las víctimas. A recoger las historias de familiares, sobrevivientes y testigos que describían una realidad distinta a la narrada por los hacedores de la guerra en sus mantas o en sus boletines oficiales. Sentíamos esa urgencia de gritar que detrás de cada una de las noticias sobre los asesinatos, quedaban víctimas heridas y silenciadas que necesitaban solidaridad, ser escuchadas, atendidas.

Cuando nos sacudimos del aturdimiento inicial varios de nosotros escribimos crónicas o participamos en libros donde documentamos los impactos de la violencia en la sociedad. En las charlas y presentaciones de nuestro trabajo abundaba el dolor. Pero también entre el público surgía una inquietud: ¿qué podemos hacer? La pregunta no dejaba de resonar.

Entre periodistas nos cuestionábamos si podíamos escribir sobre la violencia sin abonar a la parálisis, a la desesperanza de la gente. Y cuáles son las historias de vida ocultas entre la muerte, cuáles las que más urge contar. Ante estas incertidumbres se abrió paso una respuesta: las que dan aliento. Era verdad.

Este libro nace como un esfuerzo de ensayar o tal vez de construir un periodismo de esperanza, de exploración de lo posible, de construcción de paz. Un periodismo que promoque la indignación e invite a la acción. Que encuentre y cuente las historias de personas que, manejando su miedo, esbozan una respuesta a la pregunta que nos persigue: ¿qué podemos hacer?

Es un esfuerzo colectivo de periodistas hermanados por la indignación ante la pérdida de respeto por la vida humana durante el que ha sido llamado el sexenio de la muerte: Thelma Gómez, Alberto Nájjar, Daniela Pastrana, John Gíbler, Vanessa Job, Lydiere Carrión, Luis Guillermo Hernández, Elia Baltazar y las editoras. Lo hizo posible el financiamiento del Sindicato Noruego de Periodistas (Norwegian Union of Journalist), especialmente Eva Strabell, quien creyó a ciegas en este proyecto de la Red de Periodistas de a Pie.

Nuestro punto de partida fue que esta guerra no merece ser contada sólo desde la sangre, desde la brutalidad, desde el sinsentido de los asesinatos uniformados y no uniformados. Merece ser contada desde la dignidad de los sobrevivientes, desde las costuras invisibles del amor que se asoman entre las ruinas, desde las personas sanadoras de almas, desde quienes se hicieron escuchar cuando salieron a las calles a gritar su verdad en público, desde las que se organizan con la inquietud de *hacer algo*.

Este esfuerzo implicó pararnos ante el horror desde un ángulo distinto para encontrar debajo de la tierra esas brasas que se niegan a apagarse, aprender a escarbar entre la destrucción para encontrar la reserva moral de este país que se plantó ante la guerra, prestar oído a los relatos de la gente que se sacudió la ceniza, retomó las riendas de su vida y con otros delinea un futuro distinto. Implicó acercarnos a la gente para encontrar: ¿de qué madera están hechas las mujeres que marchan por el país buscando a los hijos que les arrebaron o las que todos los días alimentan a migrantes desconocidos? ¿Por qué un padre sin darse tiempo para guardar el luto por

su hijo sale a arropar a todos quienes sufren como él? ¿Cómo una comunidad casi extinguida es capaz de desarmar la desesperanza?

El proceso de reporte no fue sencillo. Nos enfrentamos a nuestros propios idealismos y condicionamientos, a la práctica arraigada de mirar la realidad en blancos y negros, buenos y malos, a la simpleza de buscar héroes solitarios en lugar de colectivos organizados, a nuestra impaciencia por no ver resultados “más noticiosos”.

Aprendimos que el periodismo de esperanza exige entender procesos y que las soluciones esbozadas por quienes se oponen a la violencia son esfuerzos incipientes, sostenidos con pinzas, con actos de amor cotidiano, a contracorriente del vacío del Estado.

En ocasiones, ya no encontramos algunas experiencias que fuimos a documentar. Llegamos tarde. El terror las había alcanzado. Sin embargo, estamos convencidos de que cada vez que una experiencia se extingue otra germina.

Entendimos también que, a quienes habitamos este país, la guerra nos obligó a ser ciudadanos, a tomar postura. Nosotras y nosotros, como periodistas, decidimos ponernos junto a quienes la sufren, tratando de comprender algo sobre su fortaleza ante el dolor y sobre las claves que los mantienen trazando caminos hacia la paz, la justicia, la memoria y la verdad.

Hoy lo sabemos: la esperanza más que un puerto, es un horizonte. Un camino largo que se anda a pequeños pasos.

Ahora cuando hablamos en público del horror que hemos visto y del dolor que hemos tocado, y la gente pregunta qué podemos hacer; decimos que la respuesta se construye en

comunidad, al calor de una fogata. Entonces comenzamos a hablar de las rutas recorridas al lado de las y los protagonistas de este libro esperando que sus historias sirvan para construir algunas respuestas.

Marcela Turati y Daniela Rea

TODO NOSOTROS, FOGATAS

PRÓLOGO

I. ENARGEIA

En *Memorial. An Excavation of the Iliad*, la poeta británica Alice Oswald se deshizo de unos siete octavos del texto original de Homero para rescatar así, fósiles en vivo, las muertes de aproximadamente 200 soldados, todos pericidos en la guerra de Troya. Se trata, a decir de la poeta misma, de una re-escritura que intenta rescatar la *enargeia*, esa “luminosa, insoporrtable realidad” del poema homérico. Se trata, luego entonces, en primera instancia, de un saqueo. La poesía mira de reojo y, escalpelo en mano, extirpa del marasmo de datos y de anécdotas, el momento único e indivisible en que un ser humano pierde la vida. Eso es la guerra, después de todo; de esto se trata la guerra: de cómo seres humanos de carne y hueso pierden la vida de forma violenta. Armada, pues, con los instrumentos de la poesía, Oswald le arrebató

esa pérdida que es la muerte a la acumulación de palabras o de sangre que, con tanta frecuencia, conduce a la indiferencia o a la insensibilidad o a las lecturas de corrido. Si “la pena es negra”, si está “hecha de tierra”, si se “mete en las fisuras de los ojos/ y deposita su nudo en la garganta”, lo que este largo poema se lleva sobre el hombro, no a hurtadillas para que no se note, sino aparatosamente, para volverla más visible, es a la muerte en sí, a la muerte sola: la muerte oscura, anónima, violenta, de la guerra.

Abí está, en la excavación poética de Oswald, en el duelo en el que nos invita a participar a través del tiempo y a lo largo del espacio, iridiscente para siempre, la muerte de Protesilaus: “...el hombre reconcentrado que se internó aprisa en la oscuridad/ con cuarenta barcos negros, dejando atrás su tierra”, el que “murió en el aire, mientras saltaba para llegar primero a la costa”. Y está también, en el gerundio de la eternidad, la muerte de Iphidamas, “el muchacho ambicioso/ A la edad de dieciocho, a la edad de la imprudencia”, el que incluso “...en su noche de bodas/ Parecía traer puesta la armadura”, el “[a]rrugante peón de campo que fue directo por Agamemón”, y que cayó “doblado como plomo y perdió”. Y está Coon, su hermano, el hermano de Iphidamas: “Cuando un hombre ve a su hermano caído sobre el suelo/ se vuelve loco, aparece corriendo como de la nada/ atacando sin ver, así es como murió Coon”. La cabeza separada de su cuerpo por la espada de Agamemón: “...y eso fue todo/ Dos hermanos asesinados en la misma mañana, por el mismo hombre/ Ésa fue su luz que aquí termina.” No podía faltar, entre tantas muertes anónimas, la muerte también de los héroes más conocidos. “Y Héctor murió como todos/ Era el líder de los troyanos/ Pero

la punta de una lanza dio con ese pedazo blanco/ Entre su clavícula y su garganta/ justo donde se encuentra el alma de un hombre”.

Uno tras otro, así van cayendo los 200 soldados de los cantos homéricos. Uno tras otro, en versos ceñidos, con frecuencia coronados por el eco de un coro, mueren otra vez. Y otra. Ahora bajo la luz de un sol contemporáneo, justo frente a nuestros ojos. Un memorial también es un ruego. ¿Era necesario que murieran de nueva cuenta? La respuesta es: sí. ¿Era necesario tallarse los ojos una vez más y dolerse? La respuesta es: sí. Cuando nos dolemos por la muerte del otro aceptamos, argumentaba Judith Butler en *Precarious Life. The Powers of Mourning and Violence*, que la pérdida nos cambiará, con suerte para siempre. El duelo, el proceso psicológico y social a través del cual se reconoce pública y privadamente la pérdida del otro, es acaso la instancia más obvia de nuestra vulnerabilidad y, por ende, de nuestra condición humana. Por esta razón bien podría constituir una base ética para repensar nuestra responsabilidad colectiva y las teorías del poder que la atraviesan. Cuando no sólo unas cuantas vidas sean dignas de ser lloradas públicamente, cuando el obituario se convierta en una casa plural y alcance a amparar a los sin nombre y a los sin rostro, cuando, como Antígona, seamos capaces de enterrar al Otro, o lo que es lo mismo, de reconocer la vida vivida de ese Otro, aun a pesar y en contra del edicto de Creonte o de cualquier otra autoridad en turno, entonces el duelo público, volviéndonos más vulnerables, tenderá la posibilidad de volvernos más humanos. Por eso, aunque Protesilaus haya estado “bajo la tierra oscura ahora ya por miles de años”, es necesario acudir. Es preciso

acudir a su cita con la muerte y comparti, después, el duelo. Es necesario re-leer, por ejemplo, lo re-escrito por Oswald para actualizar la muerte que pasó y pueda así volver a pasar frente a nuestros ojos, sobre nuestras manos para que, eventualmente, ya no pase más. ¿Cuántas veces al día olvidamos que somos, por principio de cuenta y al final de todo, mortales? Es necesario, por ejemplo, leer *Entre las cenizas. Historias de vida en tiempos de muerte*.

II. LOS ASUNTOS DE LA TIERRA

Troya no está lejos, se sabe. Troya está, de hecho, en todas partes, al acecho. Apostrada a un lado de la respiración, la guerra nos embosca o nos aguarda. Y ahí, en efecto, donde irrumpe la degradación o en los lugares hasta donde alcanzan sus esquirlas, llega sin duda también, venda y grito a la vez, la palabra. Aunque con frecuencia ésta ha sido utilizada para mistificar la gesta del guerrero, colocando sobre las sienes de la Idda una corona de olivos que justifica los motivos del poderoso, la palabra también se ha aliado con la crítica que descrece o con el punto de vista del que resulta inerte.

Aunque en México durante gran parte del siglo XX la poesía estuvo más preocupada por la belleza y lo sagrado que por los asuntos terrestres de la plaza pública, hay y ha habido y sigue habiendo una poesía cabalmente política. Azuzada por la guerra calderonista que cuenta ya con algunas 80 mil muertes en su haber, la nueva poesía política que se escribe en México cuestiona los poderes fácticos y los poderes de la gramática planteándose preguntas que son a la vez angus-

tiantes e incómodas, urgentes, plurales. Son preguntas estética y políticamente relevantes. Están ahí en el poema “Los muertos”, de María Rivera, pero también en la excavación que Hugo García Manríquez hizo del Tratado de Libre Comercio en su *Anti-Humboldt*. Están en los *Hechos diversos*, de Mónica Nepote, y en *Querida fábrica*, de Dolores Dorantes. Están en “Di/sentimientos de la nación”, de Javier Raya y en *Antígona González*, de Sara Uribe. Están en muchos de los poemas incluidos en *País de sombra y fuego*, la antología que editó el poeta tapatío Jorge Esquinca. Todos ellos, toda esta enargebra, subraya y excava y exhuma a los caídos, articulándose al lenguaje público del dolor, la resistencia, la dignidad.

Existe, en efecto, una larga tradición de escritura documental que ha registrado la experiencia de los sufrimientos, a menudo con sus propias palabras. En México, gran parte de ese trabajo, de ese registro plural de la historia y del lenguaje estuvo y ha estado a cargo de sus cronistas. De Elena Poniatowska a Diego Osorno, de Carlos Monsiváis a Marcela Turati, de Juan Villoro a Magali Tercero, por mencionar a los muy conocidos; hay una larga lista de escritores que, siendo fundamentalmente escritores, son también, y también de manera fundamental, ciudadanos. Qué fortuna que los mejores entre ellos se den cita aquí, en este *Entre las cenizas. Historias de vida en tiempos de muerte*.

III. RE-ESCRIBIR

La guerra calderonista (2006-2012), que ha sembrado al país de muerte y de duelo, ha motivado también y por lo mismo

a escritores de rango muy diverso a replantearse de manera dinámica y actual la relación de la escritura y la guerra, generando una refulgente gama de cronistas en México. Son ellos los que, excavando en la acumulación de datos y de sangre, logran rescatar esa “luminosa, insoportable realidad” de la guerra que mencionaba la poeta británica Alice Oswald. La palabra siempre es plural, pero tal vez pocos géneros como la crónica nos recuerden esa básica verdad con tanta fuerza. La palabra del cronista no puede dejar de ser la palabra de otro: una tensión en la que se dan cita, al menos, otros dos. Una expectativa. Algo que late. La relación de intercambio e implicación sobre la cual se basan todas las otras relaciones del mundo. La palabra, ahí, en ese vaivén entre enunciante y oyente adquiere, al menos, dos cabezas, tantos ojos, todas las manos. Usada y en uso, contaminada de todo, la palabra que se comparte —saliva, mirada, eco— toca las orillas de al menos dos experiencias, de al menos dos prácticas de significación, para producir, en el mejor de los casos, la respuesta total de la que hablaba Rukyeser¹. Este lado de

1. Muriel Rukyeser —traductora alguna vez de Octavio Paz, por cierto— estaba convencida de que el verdadero poema conminaba una “respuesta total” por parte del lector. En *The Life of Poetry*, un libro que estuvo fuera de circulación por más de 20 años antes de volver a ser editado en 1996, Rukyeser afirmaba: “Un poema invita. Un poema requiere. Pero ¿a qué invita un poema? Un poema te invita a sentir. Más que eso: te invita a responder. Aún mejor: un poema invita una respuesta total. Esta respuesta es total, en efecto, pero se formula a través de las emociones. Un buen poema atraparé tu imaginación intelectual —esto quiere decir

la palabra ha sido subrayado, a cabalidad, por muchos cronistas —practicantes de un género híbrido por naturaleza que se sostiene de la incorporación estéticamente relevante y políticamente útil de la experiencia de los otros. Son ellos los que, libreta o grabadora en mano, se adentran en las entrañas de un país en guerra no sólo para mostrar la saña y el extravío, la corrupción y la crueldad, sino también, acaso sobre todo, esas múltiples estrategias cotidianas que han utilizado hombres y mujeres para sobrevivir con dignidad en circunstancias extremas. Son ellos los que, re-leyendo y re-escribiendo los textos de muchos otros, los lenguajes de muchos otros, han logrado extraer el fósil vivo del empeño y la confianza, las tradiciones y el ingenio, el sentido de comunidad y la fe que, entre otros tantos elementos, han salvaguardado la existencia del país. Algunos de ellos, sin duda los mejores, están aquí, en *Entre las cenizas. Historias de vida en tiempos de muerte*.

que cuando lo atrapes, lo atraparás intelectualmente también— pero el camino es a través de la emoción, a través de eso que llamamos sentimiento”. Lejos del gesto imperialista de intentar suplantarse la voz de los otros con la voz propia, Rukyeser se dio a la tarea de documentar las luchas y sufrimientos de sectores de la clase trabajadora norteamericana incorporando sus voces tal y como éstas aparecieron en documentos oficiales o en entrevistas orales o en registros del periódico. Rechazando de entrada el papel del poeta gurú que guía visionariamente a los desposeídos, Rukyeser investigó y entrevistó a los directamente involucrados en las luchas y tragedias cotidianas del capitalismo que les tocó vivir, incorporando luego su testimonio en textos por fuerza interrumpidos, trastocados, intertextos.

IV. ¿PERO CÓMO SE HACE EN REALIDAD UNA FOGATA?

Es fácil caer abatidos en tiempos de guerra. En el afán crítico que todo lo arrasa, tratando de identificar causas con presteza y enfocarse con simular urgencia en las soluciones del caso, es a veces fácil pasar por alto la amalgama de acciones cotidianas que mantienen a una comunidad en pie. En México, especialmente ahora, es fácil olvidar las muy largas y muy vivas tradiciones de resistencia que marcan a este país desde su mismo nacimiento. En efecto, de acuerdo con algunos historiadores, la conquista de México coincidió con una ola de sublevaciones populares contra el poderío azteca, cada vez más distante de sus gobernados. Si las crónicas indígenas de la época son dignas de confianza, habrá que recordar que no sólo los españoles le llamaron “perro” a Moctezuma, y que fueron sus propios congéneres quienes le arrojaron las piedras que lo acabarían. Así mismo, de entre todas las movilizaciones que resultaron en las independencias de Latinoamérica, sólo la mexicana se convirtió, al menos entre 1810 y 1815, bajo el liderazgo de Hidalgo y de Morelos, en un verdadero intento de revolución estructural. Basta leer ese maravilloso documento que es *Los sentimientos de la nación* (somos una nación en cuyas letras iniciales se desliza, en efecto, la palabra sentimiento) para darse cuenta de lo que reside en la médula misma de este país: igualdad entre las razas, distribución de la tierra, devoción a la virgen de Guadalupe. Como más tarde lo argumentaba Andrés Molina Enríquez en *Los grandes problemas nacionales*, ese diagnóstico positivista que escribió un poco antes del surgimiento de los muchos movimientos armados y civiles a los que se les denomina como la Revo-

lución Mexicana de 1910, la raíz de los males y la razón de la acción comunitaria son las mismas: la tierra. La propiedad de la tierra. La desigualdad social que provoca la concentración de la tierra, y su riqueza, en pocas manos.

No es extraño de ningún modo, pues, que una buena parte de las crónicas que animan este volumen hagan caso omiso de la linealidad del tiempo y citen, en la palabra y en la acción del presente, prácticas de organización y de creencia que han aparecido una y otra vez, transformadas siempre, actualizadas de alguna forma, en la historia de México. Porque, entre otras tantas cosas, lo que es *Entre las cenizas. Historias de vida en tiempos de muerte* conforma es una historia viva del pasado reciente mexicano desde ese abajo múltiple, protético, sináptico que está, en realidad, en todos los ámbitos del espacio social.

V. UNO SIEMPRE CUIDA SU CASA

“Las fogatas nos sirvieron para cuidarnos y conocernos”, dice un participante de las recientes movilizaciones en Michoacán. Pero lo podría decir, sin problema alguno, el lector de este libro también. Vueltas leño y lumbre, calor y resguardo, cosa que ilumina y crepita, las crónicas de este libro animan a la cercanía y a la complicidad. Es importante estar al tanto de los periodistas desaparecidos, de la rapacidad de los narcotraficantes contra las comunidades indígenas, de la saña con que son tratados los migrantes centroamericanos en un tren que no por cualquier cosa le apodan “la bestia”, en su paso por territorio mexicano, del dolor que pesa en los

corazones de los padres y madres de familia que han perdido hijos adolescentes en Ciudad Juárez, de la violencia que envuelve las vidas de tantos jóvenes en las pandillas urbanas de la Sultana del Norte, de la depresión que ataca, y ataca sin cuartel, a comunidades enteras sin la posibilidad de recurrir a ningún tipo de cuidado médico, de las venganzas que han tasajado incluso a los que denunciaban la violencia extrema por internet. Es importante, por supuesto, estar al tanto de todo esto. Pero es igualmente relevante, estética y políticamente, poner atención a lo que Alice Oswald llamó *enargeia*, esa “luminosa, insoporrtable realidad” del esfuerzo de todos los días y la resistencia cotidiana y la sobrevivencia más íntima. Es importante producirla, esa *enargeia*. De ahí estas fogatas de palabras, a través de las que nos conocemos y nos protegemos. De ahí esto: aquí. Estos son los casos. Las tradiciones ancestrales a las que recorren los miembros de una comunidad indígena que busca formas eficaces de autogobierno para resguardar tanto la seguridad pública como el derecho a sus bosques comunales. La reciedumbre de esas “locas que corren detrás de un tren” para alimentar a los migrantes que arriesgan sus vidas para atravesar nuestro país, demostrando así que el corazón mismo de lo doméstico, como lo es el cocinar, no está alejado de ninguna manera de lo político, como lo es la solidaridad con el desvalido. Los padres y maestros que, habiendo perdido a sus hijos y a los hijos de otros en una guerra que se ha ensañado especialmente contra los jóvenes, organizan actividades deportivas en Ciudad Juárez, justo en esa colonia que la historia de la infancia nacional cuenta como una masacre fundacional: Salvárcar. Los ex pandilleros que, conociendo el privilegio de la edad adulta,

se vuelven hacia los suyos para mover la energía adolescente de los estratos de la violencia hacia los vericuetos del arte y de la música. Las mujeres que, aprovechándose de una terapia hecha de flores, se dan a la tarea de sanar eso que los antiguos llamaban el alma y nosotros sabemos que quiere decir el alma y el cuerpo en estos días. Los jóvenes y los no tan jóvenes que, sirviéndose de su acceso a conexiones digitales, han organizado también la resistencia contra el silencio de la guerra a través del uso estratégico del blog y del twitter. Todos ellos y todos ustedes y todos nosotros. Fogatas, sí. Y todos aquí.

Qué raro, pero qué cierto, es sentirse ahora, después de leer este libro, tan orgullosa de un país tan malherido. Qué gusto llenarse la boca con las palabras *estoy con ustedes*. Ustedes me son. Somotos, que diría Rimbaud. Gracias por compilarlo; gracias por escribirlo. Si un libro alguna vez es capaz de salvar la vida de alguien, ése, sin duda, será este libro. “Uno siempre cuida su casa”, dice otro participante de otro movimiento popular en el México de hoy. En efecto. Uno siempre. O más.

Cristina Rivera Garza

*A las y los ausentes, porque su memoria nos traza el camino.
A quienes se guían por esos trazos para construir esperanza.*